

bro por medio de la imaginacion. Quando á uno con voz nada fuerte, ni terrible, se le dice una injuria, que le irrita, y conmueve la ira, no es creíble, que la material articulacion, y sonido de las palabras, mediante la impresion, que hace en el organo del oído, derive á las fibras del cerebro aquel movimiento de que pende la ira. Si fuese así se irritaría el que las oye, que entendiese su significado, que no: lo qual no sucede, sino que solo se irrita, quando entiende el significado de las palabras: luego es porque el objeto dá impulso á las fibras del cerebro, solo mediante el concepto, que hace el alma de la injuria; esto es, que el alma con la representacion de la ofensa tiene una especie de agitacion, la qual induce tal movimiento en las fibras del cerebro.

34 De este influxo, que tiene la imaginacion en el cerebro, viene la mayor parte del mal, que nos causan nuestras pasiones, y principalmente del que causa la passion amorosa. Si el amor solo se encendiese á la presencia del objeto, sería una dolencia de cortissima duracion: una llama momentanea como de relampago, pues solo con cerrar los ojos, ó volverlos á otra parte, se disiparía: y quando la passion fuese tan violenta, que aun apartar la vista por un instante se hiciese durissimo, en la primera precisa separacion de la presencia del objeto estaría remediado todo; pues desvanecida entonces la passion, sería fácil formar, y mantener el proposito de no presentarse jamás á la causa de ella. Pero la lastima es, que en nuestra memoria queda depositado el daño: cada recuerdo es una centella, que prende fuego en el alma: nuestra imaginacion es nuestro enemigo: y enemigo tal, que á tiempos concede treguas, mas nunca paces estables.

§. IX.

35 **C**ONOCIDA la causa del mal, ¿ dónde acudiremos por el remedio? A la misma causa del mal. La imaginacion, que es quien hace, ó conserva la llaga, ha de curar la herida. La propria botica de donde sale el veneno, nos ha de administrar la triaca.

36 Supuesto que la imaginacion de los objetos, que

tienen actividad para mover las fibras del cerebro, y mediante ese movimiento excitar las pasiones, hace el proprio efecto, que los mismos objetos; se puede turbar, corregir, ó mitigar el movimiento, que dá á las fibras del cerebro la imaginacion de un objeto, que excita tal passion, con la imaginacion de otro objeto, que excite otra passion diferente. Si cotejamos los objetos presentes, es cierto que la presencia del objeto concitativo de una passion, borra, obscurece, ó templá la impresion, que hace la presencia del objeto concitativo de otra passion diferente. La razon es, porque dá movimiento diverso á las fibras del cerebro, y este movimiento diverso, en caso que no extinga el primero, no puede menos de turbarle, ó hacerle mas remiso: por consiguiente, del cerebro al corazon no se derivará la misma conmocion que antes, sino otra diferente (a).

PON-

(a) Si el salto de Leucadia, tan famoso entre los antiguos para curar la passion amorosa, tenia la eficacia, que ellos le atribuian, es para mi cierto, que ésta dependia del mismo principio, de donde en el numero citado, y siguientes deducimos el modo de curar esta dolencia; conviene á saber, la fuerza, que tiene un objeto terrible, presentado á la imaginacion, para extinguir en el cerebro, y por consiguiente en el corazon, los movimientos, que excita el objeto del amor. Por ser el salto de Leucadia, como remedio del amor, uno de los asuntos mas curiosos, que ocurren en la antigua Historia, y tener aqui lugar oportuno; creo que no se me desestimará el que de noticia de él, tratandole criticamente con alguna extension; pues aunque este ciertamente nada conducirá para la curacion de los enamorados, servirá á la curiosidad, y erudicion de los lectores.

DISERTACION SOBRE EL SALTO DE LEUCADIA.

§. I.

ES Leucadia una Isla del mar Jonio, de cincuenta millas de circuito, colocada enfrente del Istmo, que divide la Achaya del Peloponeso. Retiene aún, con poca, ó ninguna corrupcion entre los modernos Griegos, el nombre de Leucadia, que la daban los antiguos; bien que nuestros Geografos mas comunmente la apellidan Santa Maura, derivando á toda la Isla el nombre, que es proprio de su Ciudad capital. Terminase Leucadia por la parte de Mediodia en un promontorio, compuesto de escarpadas rocas, que se abanza sobre el mar á una grande altura; y este es el sitio donde hallaban su remedio

los

37 Pongo el exemplo en un enamorado (pues este es el enfermo, cuya curacion solicitamos), el qual á la vista del objeto, que le arrastra, está sintiendo la violencia de la pasión. Los miseros amantes, que padeciendo la infelicidad de no ser correspondidos, ni podían sufrir, ni extinguir de otro modo el fuego, que les devoraba las entrañas. El remedio consistía en arrojarle de aquella eminencia sobre las ondas; á lo que se dió, ya el nombre del salto de Leucadia, ya el salto de los enamorados. Ya se vé que esto era peligrosísimo, siendo lo mas natural costar la vida el arrojarse, mayormente quando los Escritores nos pintan elevadísima aquella cumbre. Pero se usaba de la precaucion de tener cercado de barcos el sitio donde havia de caer el que se precipitaba, para acudir á salvarle, en caso que no llegase ya al agua muerto, ó muriese del golpe.

2 Un rito supersticioso, que se practicaba en aquella Isla, dá motivo para conjeturar, que la precaucion dicha no era la única de que se usaba, para salvar la vida de los enamorados, que venían á curarse. Todos los años, en un dia determinado, arrojaban de aquella cumbre un delincente, lo que observaban como un sacrificio expiatorio, á fin de precaverse de los males, de que estaban amenazados. Pero al mismo tiempo se hacia lo posible porque no pereciese, porque no solo le esperaban barcos abaxo para socorrerle; mas prendían de su cuerpo muchas plumas, y aun aves vivas para que la caída fuese lenta. Digo que se hace verisímil, que con los enamorados, que voluntariamente venían á arrojarle, se practicase lo mismo. Es verdad que estos usaban de otra precaucion singular. Havia sobre el promontorio un famoso Templo de Apolo, de que hace mencion Virgilio en el tercer tomo de la Eneida.

*Mox, & Leucata nimboſa cacumina montis,
Et formidatus nautis aperitur Apollo.*

A este Templo acudían primero devotos con sacrificios los que iban á curarse con el tremendo salto, implorando la proteccion de la Deidad, que se veneraba en él, para evitar que fuese mortal la caída. Pero la confianza, que tuviesen en su patrocinio, no sería tanta, que les hiciese despreciar esta otra diligencia.

3 Los mismos Escritores, que dán estas noticias, refieren varios casos, ya faustos, ya infelices, de amantes que fueron á buscar en aquel precipicio su remedio. De unos, que perdieron la vida; de otros, que se salvaron; pero sentando como cierto, que los que se libraron de la muerte, se libran tambien del amor. Huvo experiencias en uno, y otro sexo; pero en el femenino todas infelices. Cuentanse entre los hombres Deucalion, marido de Rynha; Phobo, hijo de Phoece; el Poeta Nicofrato, amante de Tertigideá; otro Poeta, llamado Charino, abrasado en

pasión que le domina. Sucede, que en este estado le sorprende el estampido de un formidable trueno, ó que de golpe le dán una funestísima noticia, ó que inesperadamente una abominable pasión por el Eunuco Eros, Copero de Antioco Eupator, Rey de Syria: un cierto Macés, natural de Buthrota, de quien se refiere la insigne singularidad, que habiendo recaído diferentes veces en la dolencia amorosa, no se fió con el mismo, ó con diferentes objetos, quatro veces dió el salto, y todas quatro logró la mejoría deseada. De las mugeres se cuentan entre otras dos famosísimas en la antigüedad, la fábia Sapho, y Artumisa, Reyna de Caria. Esta es en suma la historia del famoso salto de Leucadia. Reflexionen. osla ahora con algo de cuidado, porque la materia es muy digna de critica.

§. II.

4 Monsieur Hardion, de la Academia Real de Inscripciones, y Bellas Letras, á quien en parte debo estas noticias, no pone duda alguna en los hechos referidos. Parece (dice) que no se puede dudar de la verdad de los hechos; porque fuera de que son testificados por un gran numero de Autores, el remedio no se mantendría mucho tiempo en credito, si no huviese curado á persona alguna; y la experiencia era muy costosa, para que nadie se arrojase á ella sin fundar su esperanza sobre algunos exemplares incontestables. Pero yo hallo mucho que dudar en lo que se le representa indubitable á Monsieur Hardion.

5 Lo primero, siendo tan enorme la altura del peñasco (pues aunque esta no se determina con medida señalada, convienen los Autores en que es tanta, que la cumbre está comunmente escondida entre las nubes, ó lo que coincide, cubierta de nieblas), se hace increíble, que el salto dexase jamás de ser mortal, aunque fuese bien pertrechado de aves y plumas el que se precipitaba; y las aves es manifiesto, que serian totalmente inútiles, porque desde el principio del descenso, el cuerpo precipitado, que las arrastraba consigo, las cortaría el impulso, y dexaría ineptas al vuelo, de modo, que ni aun podrían jugar las alas á quello, que era menester para retardar algo el movimiento ácia abaxo. Fuera de que es natural, que aturdidas se dexasen caer, como si fuesen cadáveres.

§. III.

6 Lo segundo, los Autores que se citan, no son tantos, ni tales, por mas que Monsieur Hardion ostente su multitud, que puedan obligarnos al atento en hechos de esta naturaleza. Cita Monsieur Hardion los mismos, que havia citado antes Monsieur Bayle en su Dictionario Critico, V. *Leucade*: y todos, facendo fuera los Poetas, que no hacen fe, y los que se fundan unicamente en el testimonio de los Poetas, no paran de dos, y estos hablan de distintos casos.

§. IV.

mente vé acercarse un enemigo fuyo con la espada desembaynada en la mano. Es cierto, que qualquiera de estos objetos dará un movimiento á las fibras de su cele-

§. VI.

7 **L**O tercero, algunos de los hechos carecen de verosimilitud. De terminamos dos, el de Deucalion, y el de Artemisa. De Deucalion se dice, que fue á curar con el salto de Leucadia, no algun amor impuro, sino el licito, que tenia á su esposa Pyrrha; el qual, aunque permitido, por ser veheméntísimo le inquietaba, y afligia, y que en efecto logró la curacion, que deseaba. Mucha credulidad ha menester esta noticia. Un amor tan ardiente, tan activo, de condicion, digamoslo así, dolorifera, y maligna, que desahoga, y aflige al que lo padece, hasta el grado de exponerle á un remedio peligrosísimo para mitigarle, es incompatible en la posesion conyugal. Dando, que este estado permita algunas violentas accesiones de la fiebre amorosa, los derechos, que da el mismo estado, es natural, y aun necerario, que las mitiguen. Todo el mundo entiende, que el estado conyugal tanto es mas feliz, quanto es mayor el amor de los confortes. No es quimera, que el amor por grande, haga á alguno tan infeliz, que busque su curacion en un remedio, que le arriega la vida?

§. V.

8 **E**L suceso de Artemisa pide algo de excursion historica. Huyo dos Artemisas, entrambas Reynas de Caria, y entrambas famosas. La primera, por su insigne valor, è igual conducta en las empresas bélicas, de que dimos alguna noticia en el primer Tomo, Discurso XVI, num. 35. La segunda, por el tierno amor, que conservò en la viudez á su difunto esposo Mausolo, y por la fabrica de aquel sumptuoso sepulcro, llamado *Mausoleo*, que le erigió para immortalizar en él la memoria de su amor, y que fue celebrado como una de las siete Maravillas del mundo.

9 Algunos Autores han confundido una Artemisa con otra; aunque huvo mas de un siglo de distancia entre las dos. Entre ellos podemos contar á Plinio, que en el libro 25, cap. 7, dice, que Artemisa, muger de Mausolo, dió su nombre á la hierba, que hoy llamamos así, y antes de aquella Reyna se llamaba Parthenis; lo que no puede ser, porque Hippocrates, que floreció antes de Artemisa, muger de Mausolo, hace mencion de la hierba Artemisa con este nombre. Con que si alguna de las dos Reynas de Caria dió su nombre á la hierba, fue sin duda la primera. Tambien en orden al hecho del salto de Leucadia, las confunde Joseph Scaligero, y otros, que le siguen, atribuyendolo á la segunda; lo que sobre no tener fundamento en algun Escritor antiguo, se opone manifestamente á lo que todas las historias

lebro, que baraje, turbe, ó enteramente disipe el movimiento, que les daba el objeto amado: de que resultará necesariamente, que propagandose por los nervios

aquel

unanimemente afirman del fino, y constante amor de aquella Reyna á su esposo vivo, y muerto, como vamos á mostrar inmediatamente.

10 El suceso, que dió motivo á Artemisa, para exponer su vida en el salto de Leucadia, se refiere de este modo. Enamoróse esta Reyna, en el estado de viuda, de un hermoso mancebo, llamado Dardano, el qual nunca quiso resolverse á condesposarse; por lo que ella, irritada, sorprehendiendole una vez dormido, le arrancò los ojos. La satisfaccion de su ira no lo fue de su amor. Atrepintiose luego de su inhumanidad, y la llama del amor se encendió en su pecho mas furiosa que nunca. Buscó en la consulta de un Oraculo el remedio, y fuele respondido, que se precipitase de la roca de Leucadia. Hizolo, y perdió el amor; pero juntamente la vida. Vease cómo puede adaptarse este suceso á la segunda Artemisa, de quien concordes los Historiadores afirman, que dos años que sobrevivió á su esposo, no hizo mas que gemir su muerte, y trabajar en el magnifico monumento, que hemos dicho, para eternizar su memoria: añadiendo algunos, que no satisfecha con esto su passion, haviendo reducido á cenizas el cadaver, dio passo á su fineza, tragandose las poco á poco: extremo el mas singular á que puede llegar un tierno amor.

11 Solo puede, pues, atribuirle á la primera Artemisa el caso del amor de Dardano con sus funestas resultas. A la verdad, esta aventura, ni en todo desdice, ni en todo es conforme al caracter de aquella Reyna. Es impropria en ella, por lo que tiene de amorosa; no desdice, por lo que tiene de trágica. Fue Artemisa Princesa de grande espíritu, en extremo osada, astuta, y ambiciosa, guerrera, ilustre, y afortunada, muger de cabeza, y manos. Dixo, á mi parecer, bien un critico moderno de gran nombre, que rarísima vez mugeres, que se dedican á altos cuidados, son trabajadas por la parte del amor. Yo añado, que mucho menos, si el genio las conduce á ellos. En efecto, en orden á esto es facil notar en las Historias una gran diferencia entre uno, y otro sexo. A cada paso se encuen tran en ellas hombres de genio bélico, y politico, empuñados en grandes proyectos, muy activos en la profecucion de designios ambiciosos, y con todo, de un temperamento muy expuesto á pasiones amorosas. Al contrario entre las mugeres, muy rara se encontrará de espíritu sublime, y heroico, que padeziese indignas fragilidades. Aunque la razon phisica de esta diferencia no es muy oculta; para qué detenernos ahora en explicarla? Empero como esta regla admite excepciones, el capítulo del alto corazon de Artemisa no basta por sí solo para

aquel movimiento al corazón, sucederá en éste la pasión del pavor á la del amor.

38 Ni se piense, que esto se hace por la mera distraccion para condenar como fabuloso su ciego afecto al joven Dardano.

12 Mas al paso que esta fragilidad es algo estraña en una muger de aquel espíritu, se debe confesar, que es muy natural una venganza cruel, viendole despreciada. Una Reyna feroz, y altiva, de qué rabia, de qué furor no es capaz contra quien ultraja su vanidad, de. eliminando su Amor? Así, supuesta su pasión, y la inutilidad de sus diligencias para vencer á Dardano, era muy natural la cruel venganza de arrancarle los ojos. Tambien era natural, executada la venganza, el arrepentimiento, y envuelta en el mismo arrepentimiento nueva accesion violentísima de la amorosa fiebre: de modo, que conspirados el dolor, y el amor contra el corazón de la Reyna infeliz, le despedazasen miserablemente,

13 Es así, que hasta aqui vemos un suceso en parte impropio, en parte natural en el sugeto de quien se refiere; mas de ningún modo repugnante: de modo, que si la posibilidad por sí sola bastase para el aliento, teniamos lo necesario para dar credito á la Historia. Mas como la critica, demás de la posibilidad, debe contemplar la verisimilitud de los hechos, y la fuerza de los testimonios, que acreditan su existencia, por estos dos principios hemos de decidir la cuestión.

14 Digo, pues, que el suceso, comprendidas todas sus circunstancias, es poco, ó nada verisimil; y mas parece aventura de novela, que de historia. Yá hemos visto, que desde mucho del espíritu de aquella Reyna haverse dexado dominar despoticamente de una pasión indigna. La constante resistencia de Dardano está muy cerca de totalmente increíble. Doy que para él no tuviese atractivo el amor de una Reyna victoriosa, y feliz. Doy que las lágrimas, los ruegos, las promesas, las dadas no tuviesen fuerza para vencerle, aunque esta yá es demasiada virtud para un Gentil. Pero cómo es creible, que resistiese á las amenazas, las cuales, sin duda, precedieron á la sangrienta execucion? Tan poco estimaria, ó su vida, ó sus ojos? Ultimamente, la resolución, y mucho mas la accion de precipitarse, aunque fuese dictado por un oráculo, halla una resistencia tan fuerte de la naturaleza, que de nadie debe creerse sin gravísimo fundamento.

15 Pero qué fundamento hay para creer un complejo de circunstancias tan irregulares, y extraordinarias? El mas débil del mundo. Toda esta historia estriba unicamente en la fé de un Autor, y Autor poco conocido; pues no han quedado de él mas escritos, que unos pequeños rezos, que insertó el Patriarca Phocio en su Bibliotheca, en uno de los quales se contiene la historia de que tratamos. Llamabate éste *Protomeo*

cion del ánimo de un objeto á otro: pues es cierto, que aun cesando la presencia del objeto terrible, y volviendo la consideracion al amable, se experimenta, que por algun

rato *mèo de Ephesior*: esto es, *bijo de Ephesior*. Todos los que escribieron tan raro suceso, de éste lo trasladaron, porque á éste unicamente citan. Un Autor solo, aun quando se hallase muy calificado, seria confesador para alunto tan difícil. ¿Qué diremos de un Autor obscuro? Suidas hace memoria de él, y dice, que vivió en los tiempos de Trajano, y Adriano; esto es, seiscientos años, poco mas, ó menos, despues de Artemisa. Añádese esta circunstancia para prueba de la poca fé, que merece en sucesos tan anteriores á él.

§. VI.

16 EL cuarto fundamento, que tenemos para condenar como apocrito lo que se dice del salto de Leucadia, es la mezcla, que esta narracion tiene con las fabulas, y quimeras del Gentilismo. El mismo Ptoloméo de Ephesior refiere, como ahora diremos, el principio por donde se supo, que la roca de Leucadia tenia virtud curativa del amor. Luego que Venus supo la muerte de su querido Adonis, fuo todo su cuidado en buscar el cadaver, pensando lograr un gran consuelo en el desahogo de bañarle con sus lágrimas. Hallóle en un Templo de la Isla de Chypre; pero la vista del cadaver, bien lexos de aliviarla, avivó mas su amor, y por consiguiente su dolor. En esta afliccion se le propuso el expediente de consultar á Apolo, como Dios de la Medicina. Este, conduciendola á la eminencia del promontorio de Leucadia, la aseguró, que como se precipitase de ella, convaleceria perfectamente de su dolencia. Obedeció la Diosa, y logró la sanidad deseada. Admirada de tan prodigioso efecto, le preguntó á Apolo, ¿de dónde sabia, que aquella roca tenia virtud tan peregrina? A lo que Apolo la respondió, que el primero que la havia experimentado, y descubierto, era Jupiter, el qual, fatigado de la extremada pasión, que tenia por Juno, y buscando remedio para ella, el unico que havia encontrado, era sentarse sobre la cumbre de aquella roca. ¿Qué extravagancias por tantos caminos ridiculas!

§. VII.

17 Finalmente me parece no debo omitir, que aunque la tragedia de la docta Sapho, que es una de las amantes infelices á quienes se atribuye el salto de Leucadia, se halla repetida en tantos libros, todos los Autores, que la refieren, á lo que he podido colegir, bebieron esta noticia en Menandro. Y quien fue Menandro? Un Poeta Cómico Atheniense. Dicho que fue Poeta, está entendido qué grado de fé merece. Que la insigne Poetisa Sapho fue de un temperamento extremamente amoroso; que se hizo tan infame por su vida impudica, como famosa por su delicado ingenio: que fue amante, y un tien po... da de

rato no tiene esta fuerza para mover las fibras del cerebro, como las movia antes: y es, que aún dura el movimiento, o impresion, que hizo el terrible: esto por regla general,

de Phao; que éste, despues fastidiado de ella, se ausentó de Lesbos, de donde eran naturales uno, y otro, á Sicilia, por no perder sus impertinencias; que ella, impelida del impuro fuego, en que ardia, le siguió á Sicilia, pero solo para experimentar nuevos deslices: todo esto se lee en varios Autores antiguos. Pero que, agitada siempre del amoroso furor, se resolviese á buscar remedio á él, precipitandole de la eminencia del promontorio de Leucadia, solo se halla en una comedia de Menandro, de que conservó Estrabon un fragmento, donde se lee esta aventura.

18 Parece que lo que hemos razonado sobre el asunto, prueba suficientemente, que es harto dudoso lo que refieren los Autores antiguos, y modernos del salto de Leucadia; y que Monsieur Hardion tuvo poco, ó ningun motivo, para dar por constantes aquellos hechos.

§. VIII.

19 **T**ratada la question del salto de Leucadia en quanto á lo histórico, resta en la misma materia otra question, que es puramente filosófica. Esta es, si en caso de haverse practicado aquel salto por algunos amantes, que tuviesen la felicidad de salvar la vida, tendrían tambien la dicha de curarse del amor. Los que asienten á la verdad de aquellos hechos, dán tambien por decidida esta question segunda, porque la historia de ellos incluye uno, y otro; esto es, que hubo varios amantes, que buscaron aquel remedio, y que los que quedaron vivos, le experimentaron eficaz; mas á lo segundo parece que asienten debaxo del supuesto de que la curacion no fue natural, sino obrada por el demonio, para autorizar, y promover el culto de la mentida Deidad de Apolo, que se veneraba en el Templo inmediato á la roca, y á quien procuraban antes propiciar con ruegos, y sacrificios los que se resolvian á la experiencia de tan violento remedio. Pero yo afirmo, que supuesto salvarse la vida en el salto, era natural la curacion; y no sería menester intervencion alguna del demonio, para que el remedio fuese eficaz.

20 Para prueba de esta asercion, revoquese á la memoria lo que hemos escrito en los §§. 9. y 10 de este Discurso sobre los Remedios del Amor. La doctrina, que dimos en aquella parte, es la propia para explicar el fenómeno moral, de que tratamos ahora. Pongamos que fuese verdadero el caso de Sapho, en quanto á precipitarse de la roca Leucadiana: y añadamos la suposicion de que sobrevivió al riesgo; ¿qué sucedería despues, quando le viniese su adorado Phao á la memoria? Que infaliblemente vendria con él el recuerdo del salto de Leucadia; porque estos dos objetos, en virtud de lo precedido, ha-

de que aun apartado el motor del móvil, permanece en este el impulso, que le dió el motor, y tanto mayor, ó de mas duracion es la permanencia, quanto mayor es la fuerza con

que via contrahido cierta liga mental, ó conxion objetiva, de modo que al presentarse el primero á la imaginacion, era necesario presentarse el segundo. ¿Y qué efecto haria la presencia del segundo? Borrarse enteramente, ó impedir la impresion, que era capaz de producir la del primero, agitando con impulso opuesto las fibras del cerebro. Aun quando huviese lugar á que el recuerdo de Phao excitase algun movimiento de ternura, al punto el recuerdo del salto terrible excitaria otro de horror, y de espanto, y éste destruiria aquel, como una onda rompe el impetu de otra onda. La grandeza del peligro, en que se havia visto, haria al tiempo de recordale, una impresion tan viva en la imaginacion de Sapho, como si de nuevo se hallase en la punta de la roca, en el movimiento de arrojarse al pelago. Al que ha pasado por algun riesgo de muy enorme magnitud, suele la imaginacion, al hacer memoria de él, representarle, no como pasado, sino como existente. ¡Quántas veces al que se libró del naufragio á fuerza de brazos, se le representa, que aún está actualmente lidiando con las ondas! Por la profunda sigilacion, que hizo el peligro en el cerebro, la viveza de la imagen es tal, que al volver los ojos á ella, á pesar de la contraria persuasion del entendimiento, se figura tener presente el original. De aqui es natural originarse una commocion tumultuante en el cerebro, y corazon, poderosa para disipar otro qualquier afecto.

§. IV.

21 **E**sta es la doctrina, que hemos dado en los §§ citados, y que tiene su natural aplicacion al caso del salto de Leucadia, en orden á que fuese remedio del amor. Pero reflexionando mas la materia, hallo que en algunos sujetos, no solo por el medio señalado podria serlo, mas tambien por otro, y acaso mas eficaz.

22 Qualquiera objeto, que haga una muy grande, y muy viva impresion en el animo de horror, de espanto, de miedo, es capaz de inducir alguna nueva disposicion habitual, y constante en el sujeto, en virtud de la qual se muda tambien habitual, y constantemente su indole, inclinacion, ó genio. Esta nueva disposicion puede ser respectiva al temperamento, consista éste en lo que quisiere, ó solo á la constitucion del cerebro; y de qualquiera de los dos modos que sea, puede causar una grande mutacion en la vida moral. Del primer modo, por la famosa maxima: *Mores sequuntur temperamentum*. Del segundo modo, porque variada la textura, y constitucion del cerebro, ya no hacen en él la misma impresion, que antes los objetos.

que fue iurpelido. Asi el enamorado, que en el mayor ardor de su pasion vé caer á corta distancia un rayo, por algun espacio de tiempo despues de disipado el espantoso me-
teo-

23 De una, y otra mutacion, por la causa dicha, hay bastantes exemplos. En las historias leemos de algunos fugeros, que por un gran susto se encanecieron enteramente en el espacio de una noche; lo que no pudo ser sin una notable alteracion en el temperamento. Asimismo se sabe de muchos, que por haver padecido algun gran terror, quedaron el resto de su vida, ó totalmente, ó medio fatuos; lo que arguye una insigne variedad en la constitucion del cerebro.

24 Acafo estos dos principios vendrán á coincidir en uno mismo, pues por la gran dependencia, que toda la máquina animada tiene del cerebro, qualquiera grande alteracion de esta parte principie ocasionará otras en varias partes de este todo. Y sin duda, que la inmediata accion del objeto terrífico solo se exerce en el cerebro, y solo, mediante ésta, puede estenderse su influxo al corazon, ó á otras partes. Bastanos, pues, para el asunto, explicar cómo aquella operacion por sí sola puede inducir una mutacion considerable en inclinaciones, pasiones, ó afectos.

25 Un objeto muy terrífico es preciso que haga una grande, y violenta impresion en el cerebro. Es facil entender, que esta impresion sea á veces tan fuerte, que induzca alguna alteracion permanente, en esta entraña, ó varíe algo en su constitucion nativa, ó ya rompiendo algunas fibras, ó laxandolas, ó corrugandolas; ó inmutando de varias maneras la textura de la substancia medular, &c. Como quando una parte exterior del cuerpo recibe un golpe, si el golpe es pequeño, aunque padece algun desorden la parte, facilmente se enmienda, y por sí misma recobra su natural constitucion: mas si el golpe, ó la herida es grande, resulta en la estructura de la parte algun desorden, ó vicio permanente; lo mismo debemos concebir, que sucede en aquellas commociones, que recibe el cerebro por la accion de los objetos. Si la commocion es leve, solo causa una alteracion transitoria; pero puede ser la commocion tan grande, que de ella resulte alguna inversion habitual, y permanente.

26 Supuesta esta nueva, y preternatural disposicion del cerebro, tambien es facil de entender cómo de ella puede resultar alguna habitual mudanza en las pasiones, ó afectos del sugeto. Ya algunos objetos no harán en él la misma impresion, que antes hacian; porque variada la disposicion del paso, aunque el agente sea el mismo, suele no obrar en él el mismo efecto; y alterada la constitucion del

teoro, no sentirá en el pecho el menor vestigio de la pasion amorosa.

39 Quiero, pues, que la imaginacion de un objeto ha-
mobil, no producir en él la causa motriz el mismo movimiento. Asi puede desplacerle lo que antes le placia; atemorizarle lo que antes no le atemorizaba, &c. y quedar de este modo en una variacion permanente, en orden á algunas cosas, la indole, ó genio del sugeto.

27 Un caso, que ahora me ocurre, será oportuno para persuadir á los lectores menos perspicaces la verdad de la Filotofia, que acabamos de proponer. Estando el año de 1675 resueltos á baurse, por la parte del Rhin, los dos exercitos Imperial, y Francés, aquel mandado por el General Montecuculi, y éste por el famoso Mariscal de Turena, fue el de Turena, acompañado de Monsieur de S. Hilario, Thiente General de la Artilleria, á reconocer una altura, donde quería colocar una bateria. Estando en ella llegó el momento fatal de aquel grande Heroe. Una bala de Artilleria, disparada del campo enemigo, llevando primero un brazo á Monsieur de S. Hilario, dió en el estómago del Mariscal de Turena, y acabó con su gloriosa vida. Larray, que refiere este suceso, advierte juntamente, como cosa muy notable, una grande mudanza, que aquella fatalidad produjo en el genio de Monsieur de S. Hilario. Era este Oficial de genio seróz, y cruel, como lo havia manifestado en las ocasiones, que havian ocurrido. Pero desde aquel momento en adelante (porque tuvo la dicha de curarse, y vivir despues mucho tiempo) mostró siempre una indole mansa, y apacible. ¿Quién produjo en él esta mudanza? Aquel objeto terrible, la impensada, digo, y repentina muerte de Turena. Una circunstancia, que añade el mismo Historiador, muestra, que no el dolor de la pérdida del brazo proprio, sino la fatalidad del General, hizo en su cerebro aquella grande impresion, que era menester para mudar su genio. Estaba con el de S. Hilario un hijo suyo, al qual viendo el padre llorar por el destrozo del brazo, con animo verdaderamente heroico, aunque al mismo tiempo altamente condolido, le dixo: *Na llores por mi, hijo mio: llores la muerte de este grande hombre es cuya pérdida no podrá jamás repararse.* Un Heroe illustre con tantas victorias, impensada, y repentinamente destrózado á sus ojos con el impulso violento de una bala de Artilleria, fue un objeto sumamente terrible, y espantoso para aquel Oficial. Era una tragedia grande, para la que no estaba preparado en alguna manera el animo. Asi, incurriendo de golpe en el cerebro, era natural commoverle extraordinariamente, y mediante la commocion alterar su textura: de modo, que ya en adelante algunos objetos no hiciesen las mismas impresiones, ni ocasionasen las mismas ideas. De aqui, el no lisonjearle al de S. Hilario, des-

haga con la imaginacion de otro objeto, lo que hace la presencia de uno con la presencia de otro: esto es, que la imaginacion de un objeto, ó terrible, ó irritante, ó melancólico, temple, ó extinga la impresion, que hace en el sugeto apasionado el objeto amable. El objeto contrapesante del amable cada uno le debe elegir, echando mano de aquel, que considerada la propria indole, le haga mas fuerza. En el de genio tímido hará mayor impresion el terrible: en el colérico el irritante: en el triste el melancólico: y aun dentro de la misma especie se ha de arreglar la eleccion al genio, porque aun dentro de la misma especie, á uno conmueve mas un objeto, á otro otro. En mi proprio hallo un exemplo bien sensible de esta diferencia. He notado, que entre todas las especies de muerte violenta, la que comunmente dá mas horror, es aquella en que es executor el fuego; pero á mi me conmueve, y horroriza mas quando pienso en ello, la de precipicio. De aqui viene, que, aunque no soy de genio pusilanime, quando hago viage por tierras asperas, y desiguales, en qualquier paso un poco estrecho, y pendiente, me apeo: y no andaria ni aun á agatas, por una cornisa de media vara de ancho, aunque me pudiesen en ella la Tiara.

40 No basta lo dicho. Falta mucho que advertir sobre la materia. Este contrapeso de un objeto con otro, ó de una imaginacion con otra, pide cierto determinado manejo,

pues del trágico suceso, la venganza feróz, y desapiadada, en que antes se complacia. Acafo en otras muchas cosas se mudaria su genio, y padeceria mudanza en otros afectos, aunque el Autor, que citamos, ú otro alguno no lo hayan notado.

28 Si alguno quisiere filosofar de otro modo sobre este, y otros fenómenos semejantes, por mi tiene libre el campo: pues como se me salve la maxima de que los objetos terribles, y espantosos tienen eficacia para transmutar algunas pasiones, ó afectos, tengo lo que he menester para mi intento, hagale dicha transmutacion de esta, ó aquella manera.

29 Asi concluyo, que el salto de Leucadia pudo curar á los amantes infelices de los dos modos dichos. Confieso, que no todos se curarian del segundo modo; pero en los que la lograsen, seria la curacion radical, y mas segura.

jo, para que se logre el efecto pretendido. Por eficaz que sea el remedio, si se yerra la aplicacion, aprovechará poco, ó nada. Es menester, digo, disponer las cosas de modo, que el objeto, pongo por exemplo, terrible sorprenda de golpe á la imaginacion, ó la imaginacion de él sorprenda de golpe al sugeto siempre, y en el mismo momento, que la dirige al objeto amado. Sin esa circunstancia servirá el remedio de poco, por tres razones: la primera, porque muchas veces embebida el alma en la contemplanacion del objeto amado, ni pensará en el remedio, ni aun le ocurrirá, que necesita de él. La segunda, porque tal vez, aunque piense en él, no le querrá buscar; porque los enamorados son unos enfermos, que no pocas veces se lisonjean de la propia dolencia, y la miran con ojos tan gratos, que aunque capaces de admitir la curacion, rehusan hacer diligencias por conseguirla. Asi es menester, que por escucharles buscar el remedio, el mismo remedio los busque á ellos. La tercera, porque la imaginacion de un objeto terrible, siendo buscada con estudio, no tiene tanta fuerza, ni hace tan viva impresion, como cogiendo improvisamente al sugeto. La misma diligencia con que se busca, es prevencion, que dispone al alma para resistirla.

§. X

41: **M**As cómo conseguiremos, que el objeto terrible incurra en la imaginacion de golpe, sin premeditacion alguna en el mismo momento, y siempre que se piensa en el objeto amado? Parece que propongo un arbitrio imposible, á lo menos extremadamente difícil; no sino muy facil. Con alguna diligencia á los principios, y diligencia nada costosa, se logrará despues para siempre sin diligencia alguna la concurrencia de un objeto con otro.

42 Es cierto, que el exercicio de juntar dos ideas en la mente, ó dos objetos en la imaginacion engendra entre ellos cierta especie de vinculo mental, por el qual despues no se puede pensar en uno, sin que al mismo momento ocurra al pensamiento el otro. Tal vez un acto solo hace este efecto. Asi experimentamos, no pocas veces, que por haver visto á dos sugetos en tal determinado sitio,

siem-

siempre que despues pensamos en uno , ocurre al pensamiento el otro , y siempre que pensamos en ellos , pensamos en el sitio , donde los vimos : como tambien pensando en el sitio , pensamos en ellos , enlazandose estas tres ideas de modo , que ya no está en nuestra mano , ni es posible separarlas , antes qualquiera de ellas , que se presente , en el mismo punto de tiempo , trae consigo las otras dos.

43 Lo que ha de hacer , pues , el enfermo de amor , que quiere curarse , es lo primero , elegir un objeto , ó terrible , ó lastimoso , ú de otra especie , aquel que ha experimentado mas apto á conmover su ánimo , ó que mas altamente le conmueve. Lo segundo exercitarse algo en enlazar la idea de éste , con la del objeto amado : la qual se hace , llevando algunas veces el pensamiento de aquel á éste : y esto hará á su arbitrio , siempre que quiera. No será menester repetir mucho este exercicio. Con diez , ó doce veces , que lo haga , acaso con tres , ó quatro , y aun es posible , que con una sola , se liguen , respecto de su mente , las dos ideas , de modo , que ya le sea imposible pensar jamás en el objeto amado , sin que al momento ocurra á su imaginacion el lastimoso , ó terrible.

44 He dicho , que cada uno , segun su experiencia , ha de elegir el objeto contrapesante , porque no cabe en esto otra regla , ó direccion. Es objeto terribilísimo para uno , el que no tiene terribilidad alguna para otro. Hay quien se desfmaya al vér executar en otro una sangria , y verá sin alteracion sensible hacerse cenizas una Ciudad. Hay quien no puede sufrir , que se le hable de la aparicion de un difunto , y acometerá intrepido á su enemigo en la campaña.

45 En mi propia persona he tenido una experiencia notable de esta desigualdad. En lo poco que he visto de Historia (que poco basta para esto) , he leído muchas muertes lastimosísimas , destrozos horrendos , tragedias extremamente lamentables ; pero nada hizo tanta impresion en mi ánimo , ni de lástima , ni de horror , como un suceso del siglo presente , trágico , y lastimoso á la verdad : pero mucho menos que otros innumerables , que he leído. El año de 1703 , un Soldado Prusiano , que profesaba el Lutbera-

nismo , y estaba de guarnicion en la Ciudad de Utrech , haciendo triste , y profunda reflexion sobre varios delitos , que havia cometido , y resuelto á purgarlos , dió en el estruño , y barbaro pensamiento de expiarlos todos por medio de una cruel , y voluntaria muerte. Dió parte de su resolucion á otro Soldado , íntimo amigo suyo , rogandole con las mas fervorosas instancias , que fuese instrumento de ella. Proponiale , que con una hacha le fuese cortando poco á poco sobre un cepo manos , y brazos , pies , piernas , y muslos , de modo que en cada miembro se hiciesen , con varios golpes , varias divisiones. No solo se negó el amigo á la execucion , mas procuró apartarle del sangriento designio. Pero aquel desdichado repitió tanto , y con tanta eficacia los ruegos , que al fin el amigo condescendió , y se hizo executor de la tragedia , en la forma misma , que se le havia propuesto. Sin duda que el verdugo no era mucho menos bárbaro , que el reo. Fue cosa admirable , que el infeliz inmolado fue poniendo sucesivamente sobre el cepo , á los repetidos golpes del hacha , primero la mano , despues el brazo , luego la otra mano , tras de esta el brazo correspondiente , á que se siguió en la misma conformidad el destrozo de pies , y piernas. Fueron sorprendidos por gente , que llegó , el Sacerdote , y víctima de Satanás sobre el fin del sacrificio : y el matador fue ahorcado luego por orden de su Gefe. Refiere el caso el Autor Anonymo de la *Clef du Cabinet* al año notado.

46 Esta tragedia , digo , hizo tal impresion en mi espíritu , que por mas de tres meses me inquietó notablemente su memoria : y puedo asegurar , que en todo este espacio de tiempo no hubo noche alguna , que excitandome la especie al entrar en la cama , no me retardase mas de lo ordinario el sueño. Un afecto medio entre lástima , y horror , ó compuesto de uno , y otro , me imprimia en el pecho cierta especie de afliccion , que me dificultaba el sosiego. ¿ Qué tenia yo con el Soldado Prusiano ? Enemigo mio era por Religion , y por Política. ¿ Qué perdía yo , ni perdía el mundo en la pérdida de él ? Era un hombre ordinario de

Tom. VII. del Theatro.

Hhh

quien

quien no se dice cosa, que le hiciese estimable, y solo conocido por su barbarie. La especie de su muerte, aunque atróz, no tanto como otras muchas, que hallamos en las historias: á que se añade, que algunas de estas son mucho mas aptas á mover la compasion, por la circunstancia de haver caído en sugetos de ilustre mérito, y conocida inocencia. ¿Qué importa? Es tal la constitucion de mi ánimo, ó tal la estructura de mi cerebro, que aquella tragedia menor es mas apta para excitar en mi grandes sentimientos, que otras mucho mayores. No hay hombre alguno, que no tenga alguna particularidad en esta materia: porque ninguno hay, cuyo cerebro no se distinga algo en la estructura de todos los demás. Así es preciso, que cada uno, segun la experiencia que tiene, elija el objeto, que puede hacer mayor impresion, y mediante ella, corregir, templar, ó extinguir la que hace el objeto amado.

§. XI.

47 **E**ste es en general el remedio, que propongo contra la enfermedad del amor; pero para hacerle mas eficaz, es preciso añadir algunas advertencias.

48 La primera es, que en igualdad se prefiera el objeto visto, á aquel de quien solo se tiene noticia por relacion. Una muerte repentina vista, tiene mucho mayor actividad para commover el animo, repetida á la memoria, que otra muerte repentina, de quien se tiene noticia por oídas. Un rayo, que hayas visto caer á tus pies, aun sin daño tuyo, ni de nadie, hará mayor impresion en tu cerebro, que otro de quien te refirieron, que havia hecho un grande estrago.

49 La segunda, que entre los objetos vistos elijas con preferencia aquellos, cuya terribilidad miraba derechamente á tu persona. Si te viste en algun riesgo grande de la vida, será este un objeto muy apto para conmoverte. Será equivalente á éste aquel, cuya terribilidad se exercite en persona de tu intimo afecto, pues para el caso es lo mismo. La conversion del famoso, y exemplar Abad de la Trapa, Armando Bouthillier de la Rancé, se debió, segun Monsieur de S. Evremont, á un funesto espectáculo, presentado á sus

ojos

ojos en la persona de la bella Duquesa de Mombazon, á quien él idolatraba. Sucedió, que muerta esta señora, quiso Armando dár triste paso á su amor con la inspeccion de su cadaver, antes que le escondiesen en el feretro. Subió al quarto donde estaba depositado, el qual halló sin un alma, que le acompañase. ¡Gran desengaño para los que saben, que viviendo aquella Señora, herbian de asistentes los umbrales de su casa! Pero no fue esto lo que mas hirió el ánimo del Abad Rancé, sino que halló el cadaver degollado, y separada la cabeza del resto. Informóse de la causa, y supo, que no havia havido otra, sino que el feretro encargado havia salido tan corto, que no cabia en él el cuerpo á la larga; y por escusar el embarazo de hacer otro mas capáz, echaron los domésticos por el atajo de separar la cabeza del cuerpo, para que así se pudiese acomodar. ¡O Idolos del mundo! O hermosuras celebradas! En esto páran vuestras adoraciones. Aquel fue el momento critico, en que el Abad Rancé pasó de una vida muy profana á la exemplarissima, que despues observó hasta el ultimo aliento. Yo me imagino, y es naturalísimo, que aquel triste, funesto, horroroso espectáculo por todo el resto de su vida se presentaria á la imaginacion del Abad Rancé, siempre que pensase en los placeres, y vanidades del mundo, y que este sería un eficazísimo retractivo para no retroceder á la vida antecedente. Por lo menos no se puede negar, que tan terrible, y lastimoso objeto era aptísimo para hacer en su cerebro una impresion tan fuerte, que extinguiese la que podian hacer en él todas las pompas, y placeres del mundo.

50 La tercera, que el apasionado no use solo de un objeto contrapesante, sino de muchos, y diferentes, haciendo con el estudio expresado arriba, que todos se vayan presentando á la imaginacion, al punto que piensa en el objeto amado. Esto por tres razones. La primera, porque muchos tienen mas fuerza que uno: *Plura collecta juvant, quæ singula non possunt*. La segunda, porque segun la varia disposicion del sugeto, una vez hace mayor impresion un

ob-

objeto, otra vez otro. La tercera, porque aun prescindiendo de la impresion, que hacen, aprovecha dividir la atencion entre muchos objetos, pues de este modo toca menos parte de ella al que causa la pasion.

51 La quarta advertencia es, que si el mal fuere muy contumáz, de tiempo á tiempo se remuden los objetos, substituyendo unos á otros. La razon es, porque el mismo objeto que al principio hace una fuerte impresion, dexa de hacerla, siendo muy repetido: *Ab assuetis non fit passio*. El remedio, que se aplica todos los dias, con el tiempo dexa de ser remedio. Aun á los objetos reales, y existentes, que mas miedo nos ponen, desarma la costumbre de su terror. El que al principio se estremece al oír el disparo de una pistola, continuando algunos años la guerra, oye, sin conmoverse, el pavoroso estruendo de la artillería. ¿Quánto mas perderán de su fuerza los que solo son imaginados?

52 La quinta, que no se omitan aquellos objetos, que tienen relacion disuasiva ácia la pasion del amor: y aun estos será acaso conveniente traerse en primer lugar á la imaginacion, habituandola de modo, que al momento, que empiezas á pensar en el objeto amado, se traslade el pensamiento á la deshonra, á la pérdida de la salud, de la hacienda, y del alma, que puede acarrearle tu pasion. Esta contemplacion se puede esforzar con imagenes concernientes á lo mismo, las mas terrificas que puedes proponerte: como que la tierra se abre debaxo de tus pies, y por el boqueron véis las llamas del Infierno, y en torbellinos de humo llega á tus narices la horrenda hediondez de sus azufres: que te hallas en el lecho cerca de las ultimas boqueadas, manando podredumbre de todos tus miembros, que véis una alma condenada, qual la havrás visto pintada alguna vez, hecha pasto de fuego, y de culebras, sapos, y otras sabandijas, á quienes muerde rabiosa, y desesperada, tanto como es mordida de ellas mismas: que tienes presente á tu Salvador Jesu-Christo, amenazandote con una espada desembaynada en la mano: que le véis sentado en el Trono,

que

que erigirá en el Valle de Josaphat, con un semblante terrible, en ademán de fulminar contra los peciticos aquella sentencia, que no admite apelacion, &c. A este modo se pueden discurrir otras imagenes terribles, y juntamente disuasivas de la pasion, aunque no será preciso usar de todas á un tiempo; antes será mejor reservar parte de ellas para mudar, quando sea necesario.

53 Dixe que *acaso* será mas conveniente colocar antes los objetos, que por su naturaleza son disuasivos de la pasion, que los que son puramente terribles, porque no se puede dár regla fixa en esto. Tal vez los que son juntamente terribles, y disuasivos, harán todo el efecto, que se desea, sin llegar á los que son puramente terribles; tal vez convendrá, que estos precedan, para que templando la impresion, que hace el objeto amado, hallen los otros algo quebrantado el enemigo, con que será facil ganar completa la victoria.

54 Reconvengete, Lector apasionado, sobre que bien enterado de los preceptos, que acabas de leer, te apliques á observarlos todos con exactitud, y diligencia; sobre todo, el capital de habituar la imaginacion, de modo, que siempre que pienses en el objeto amado, vuéle el pensamiento, aunque tú no quieras, á los terribles. Yo sé, que el remedio es eficaz: si para ti no lo fuere, dexará de serlo por tu omision, ó tibieza en aplicarle: en cuyo caso, abominando tu desidia, me quejaré de ella con aquella expresion dolorosa de Jeremías: *Curavimus Babylonem, & non est sanata.*